



Russell P. Sebold

**«Una lágrima, pero una lágrima sola».
Sobre el llanto romántico**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Russell P. Sebold

«Una lágrima, pero una lágrima sola». Sobre el llanto romántico

Las palabras citadas en el título de este trabajo pertenecen a una de las páginas más dramáticas y obsesionantes de la leyenda del trovador Macías, recreada por Larra en su novela, *El doncel de don Enrique el Doliente*; mas son tales, que pueden servir como descripción general de la curiosa modalidad expresiva del dolor romántico que, según creo, se estudia aquí por vez primera, esto es, el sorprendente hecho de que al llorar, pese a su conocido carácter emocional, la mayoría de los personajes románticos no derraman más que una sola lágrima. Me refiero a los personajes románticos decimonónicos, y no a los del que yo acostumbro llamar «primer romanticismo» dieciochesco; porque, aunque filosóficamente el «fastidio universal» y las demás emociones románticas son idénticas en los dos períodos románticos, como he hecho ver en artículos y libros anteriores, la manifestación concreta del pesar romántico de la que se trata en estas líneas es privativa del segundo romanticismo.

Al final del ya aludido capítulo XXVIII de *El doncel de don Enrique el Doliente*, Macías está escondido en un gabinete de armas, que comunica con la cámara matrimonial de Fernán Pérez de Vadillo y su mujer, Elvira, en el castillo del marqués de Villena. Macías penetró en la habitación de Elvira embozado en su capilla para renovar los juramentos de su adúltero amor por la esposa del servidor de Villena; pero, tras una entrevista tan tierna como borrascosa y breve, Fernán Pérez retornó impensadamente. Ahora el trovador lo contempla y escucha todo a través de las ventanillas practicadas en las altas hojas de la puerta, de gusto gótico arabesco, del gabinete; y cuando Fernán Pérez besa a su esposa en la frente, el ósculo resuena en el corazón del doncel Macías «como la voz de la verdad en la tumba», se le hielan las manos, con las manos desnudas tuerce como delicado mimbre la cruz de hierro que forma una de las ventanillas de las puertas del gabinete, y exclama: «—¡Se aman, se aman!... ¡Maldición, maldición sobre ellos!», y en ese momento, «una lágrima, pero una lágrima sola se abrió paso con dificultad a lo largo de su mejilla, fría como el mármol».

En el símil de la voz de la verdad en la tumba del corazón y en las frases «con dificultad» y «como el mármol», contenidas en este trozo, así como en otro encuentro amoroso, en el capítulo XXXI, al que Macías llega por la ventana de la habitación de Elvira, se nos brindan claves del sentido exacto de esa lastimosa y solitaria lágrima romántica, según luego explicaré. Larra comenta en la forma siguiente un momento cumbre del nuevo encuentro:

... no lloraba ya Elvira, no derramaba una lágrima Macías. En las grandes situaciones de la vida no halla salida el llanto. La inmovilidad del mármol, el estupor de la postración, son los caracteres de las emociones sublimes. El silencio entonces es elocuente, porque no hay palabras en ninguna lengua ni sonidos en la Naturaleza que pinten el amor en su apogeo, que expliquen el dolor en toda su intensidad.

En fin, en los referidos encuentros de Macías y Elvira tenemos dos de esas situaciones en las que, al decir de Fígaro, se hace elocuente el silencio; mas en una de ellas la retórica del silencio se puntúa con una lágrima, mientras en la otra no cae ni una sola gota de llanto. Se trata de variantes de la misma técnica, pero a lo largo del romanticismo ochocentista se va a preferir la primera. ¿Por qué? Pues por la sencilla razón de que esa solitaria lágrima es en estos casos la excepción con que se confirma la regla de la impasividad externa de que se reviste el profundo dolor, resignación, horror, nostalgia, alegría, etc., del personaje romántico al afrontar un acontecimiento insólito. Es decir que precisamente por lo inesperado de esa lágrima y por la «dificultad» con que surca la mejilla de «mármol» del adolorido personaje, se nos revela que estamos en presencia de una de esas intensas emociones que divorcian al hombre de su realidad circundante, paralizándolo por fuera y aislándolo dentro de su propio corazón («tumba» de sus aspiraciones), donde sufre indecibles tormentos morales. «La verdad es que una lágrima/ que a sus párpados asoma/ viene anunciando un torrente / en que el corazón se ahoga» –comenta Zorrilla en su leyenda Justicias del rey don Pedro (III).

En realidad, el derrame de una sola lágrima es un procedimiento aliterario para sugerir la misma idea que Espronceda expresa en los versos finales de la primera octava del Canto a Teresa: «¡y el llanto que al dolor los ojos niegan, / lágrimas son de hiel que al alma anegan!»; o que Gabriel García y Tassara apunta en el siguiente endecasílabo: «Con lágrimas de sangre el alma llora» (Poesías, Madrid, 1872, p. 213). En resumen, lo que hace falta subrayar es el hecho de que las lágrimas del segundo romanticismo son en su conjunto interiores, a diferencia de las del primer romanticismo, que había sido muchísimo más llorón y húmedo: un Espronceda no se quejaría ya de «mis lagrimosos fatigados ojos», como lo había hecho Meléndez Valdés en su elegía A Jovino, el melancólico. Al contrario, refiriéndose al hipotético sufridor romántico descrito en la parte cuarta de El estudiante de Salamanca, Espronceda dice: «Su pena en su pecho profunda escondió, / y dentro en su alma su llanto tragando / con falsa sonrisa su labio vistió». A las veces, empero, ese llanto interno es tan copioso y se forma en el pecho del personaje tal presión, que por poco se produce una explosión, y antes que el afligido logre restringirse, sale a sus ojos una sola lágrima.

Veamos otros dos ejemplos muy claros. En el Sancho Saldaña de Espronceda, Leonor de Iscar, el más ideal de los dos amores del diabólico castellano de Cuéllar, lucha consigo misma por evitar el lloro: «en vano trataba Leonor de encubrir bajo una apariencia firme la turbación que agitaba su alma: una lágrima se desprendió a pesar suyo por sus mejillas» (cap. III). En la misma obra, cuando Leonor ofrece compensar a Usdróbal, que la adora y quiere salvarla de Saldaña, el leal soldado se siente herido: «-¡Pagar! ¿Con dinero? –

murmuró Usdróbal; y una lágrima de fuego quemó al mismo tiempo sus párpados y se secó en sus encendidas mejillas» (cap. XVII). En este último pasaje, así como en el primero de El doncel de Larra que miramos, queda implícita una ponderación exclamativa de la inmensidad de la pena: ¡Cuán hondo tendrá que ser el dolor en el corazón de tal hombre para que llegue a derramar una sola lágrima! Y en ambos casos la lágrima solitaria tiene a la vez algo de nostalgia producida por la imagen mental de lo que pudo haber sido en lugar de lo que es.

En obra tras obra, durante la época romántica, una sola lágrima es el único testimonio visible de tempestades de llanto interior. En Sab, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la bella criolla Carlota se siente rechazada ante la aparente indiferencia de su amante: «Una lágrima empañó los ojos de la apasionada criolla, y levantándose del tronco en que se hallaba sentada, entrose por entre los naranjos que formaban un bosquecillo hacia la derecha, como si sintiese la necesidad de dominar un exceso de sensibilidad que tanto le hacía sufrir» (parte I, cap. IV). Al final del próximo capítulo Teresa, amiga de Carlota y mujer de aire frío y seco por fuera, pero de intensa vida interior, contempla con envidia a la hermosa joven, que duerme, «y brotó de sus párpados una lágrima largo tiempo comprimida».

Andando el tiempo, el tópico de la lágrima solitaria llega a ser tan característico del romanticismo, que aparece anunciado como tema desde los mismos títulos de las composiciones poéticas.

Entre las Poesías (Madrid, 1846) del actor y poeta Julián Romea, se halla incluido un soneto titulado sencillamente Una lágrima (p. 239), en el que su autor apostrofa esa lágrima, insignia del alma sincera, expresando la esperanza de que deshecha en vapor se vuelva al cielo, «Que este mundo sin fe no te merece». El poemita ¡Una lágrima! es de Gregorio Romero y Larrañaga (Poesías, Madrid, 1841, pp. 314-315); Una lágrima se titula también un soneto de Francisco Camprodón (en Emociones. Colección de poesías, Barcelona, 1850, p. 8); y el sustantivo singular lágrima aparece en títulos de poesías estampadas en las revistas románticas de las décadas de 1830, 1840 y 1850. El romántico colombiano José Eusebio Caro, estando de humor optimista, titula un poema suyo Una lágrima de felicidad. Y por muchos años los poetas seguirán recurriendo a este tópico, las más veces con el propósito de captar la tonalidad del llanto interior, pero veamos ya las otras funciones que cumple en la literatura romántica.

El poder de una sola lágrima no tiene límites como estímulo de la compasión. Sobre una de sus mujeres ideales, Bécquer escribe en la rima XXXIV: «llora, y es cada lágrima un poema / de ternura infinita». Esta idea ya se halla en cierto modo llevada a la práctica varios decenios antes en Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne, de Ramón López Soler, concretamente en la historia de doña Elvira, relatada en el capítulo XIV de la novela. Dicha dama y su hijastro, con quien ha mantenido una clandestina relación amorosa, esperan ante el trono de su marido y padre la sentencia de éste. En tal trance se describe así a la bella infiel: «¡Ah!, si entonces derramaran sus ojos una sola lágrima habrían brillado mil aceros, y corrieran a su defensa los más célebres paladines, ardiendo en ansias de combatir por ella, de perecer y de vengarla».

La exquisita dulzura de la lágrima solitaria se debe al hecho de que es también a menudo símbolo de la inocencia, o –cosa aun más apetecible para los románticos– de la inocencia perdida. Según Zorrilla, quien se dirige al muerto Larra, en el famoso poema fúnebre leído ante la tumba de Fígaro «la triste y funeral plegaria / que otro poeta cantará por ti» no podrá menos de ser «pura como la lágrima de un niño». También figura en una de las Poesías (Barcelona, 1841) de la romántica catalana Josefa Massanés «aquella lágrima pura / vertida por la inocencia» (página 105). Lágrima hay tan pura, que tal vez pueda salvar al pecador de las llamas eternas, según se dice todavía en el libro *Sofía* (1923), colección de cuadros y narraciones costumbristas, al estilo de Mesonero y Larra, del célebre músico y compositor Amadeo Vives: «¿Una lágrima va a salir de tus ojos? ... sabe que si esta lágrima puede salvarte del infierno...» (Colección Austral, 1973, p. 63).

Debido a su papel de símbolo de la inocencia, la lágrima solitaria se hace muy útil en la representación de esos dolorosos conflictos entre inclinaciones angelicales y satánicas que se desenvuelven en el teatro interior del héroe romántico de tipo byroniano (quien las más veces es de índole tan contradictoria por ser a un mismo tiempo un réprobo para la moral cristiana y un salvaje noble para la moral humanitaria a la Rousseau). Al castellano de Cuéllar, Sancho Saldaña (uno de los más deliciosos malvados de toda la literatura mundial en la época romántica), le reconviene su hermana, Elvira: «Sobre tu frente está grabada la marca del réprobo... ¡Ah Saldaña!, recuerda los primeros años de tu juventud cuando era aún inocente tu corazón, recuérdalos y llora» (cap. XV). Por fin, hacia el final de la novela, Saldaña de hecho recuerda esos primeros años, y por breves momentos ese recuerdo vence al empedernido satanismo de su vida posterior. En tal momento, desde luego, Espronceda recurre a la siempre bella figura de la lágrima única. Leonor de Iscar intercede con el rey por la vida de su hermano, Hernando: «El tono de la voz de Leonor era tan dulce ... que no pudo menos Saldaña de apartar la vista a otro lado para enjugarse una lágrima (quizá la primera que había derramado en su vida)» (cap. XLV). Se trata de una forma de agnición moral: el héroe ahora perverso reconoce su antiguo yo reflejado en la inocencia de un prójimo, y la sacudida del reconocimiento es tal, que por poco se agrieta la impasiva fachada que ha aprendido a mantener. Ese por poco viene representado por la solitaria lágrima. La agonizante profundidad de la experiencia viene representada por su novedad: «la primera que había derramado».

El tópico de la lágrima solitaria tiene todavía otros usos, pero a casi todos los ejemplos que traeremos, sea el que sea su sentido concreto, se asocia algo de las ya mencionadas notas de nostalgia, de inocencia perdida, de injusticia de gran trascendencia y de dolor inexpresable. Por ejemplo, la lágrima única puede ser profética, señalando la proximidad de la muerte de quien ha sufrido a manos del destino, de un monstruo desalmado o de la sociedad incomprensiva y cruel. En la *Despedida del patriota griego de la hija del apóstata* de Espronceda, una lágrima de fuego acompaña a la separación de los amantes, vaticinando la caída del joven idealista en la batalla y la muerte de la hija del traidor de amargura. «Mis ojos quema / una lágrima –dice a ésta el patriota– ¡oh Dios!, y tú la enjugas.» (Más adelante comentaré la originalidad de Espronceda en este pasaje cuando se considera respecto de su modelo inglés.) En la parte segunda de *El estudiante de Salamanca*, la pobre Elvira, tan inhumanamente burlada por Félix de Montemar, toma la pluma para escribir a su verdugo, «y conociendo ya su fin cercano, / su mejilla una lágrima abrasó». En el *Último paseo de Fígaro*, el marqués de Molins cuenta que salió a dar un paseo con Larra poco antes que el

gran costumbrista se quitara la vida; y mientras iban charlando, «una lágrima corrió por las pálidas mejillas del infeliz» (Obras, Madrid, 1882, t. III p. 61). Cerca de la muerte y resignado, Francisco Zea se despide del mundo en su poema Esperanza del poeta, en el que mirando los cielos, dice: «Allí pude leer mi venidera / suerte y feliz destino, / y enjugando una lágrima postrera, / volví a hollar mi camino» (Obras en verso y prosa, Madrid, 1858, p. 550).

En muchos casos, predomina en el estado de ánimo que estimula la lágrima solitaria, una emoción fuerte como la pena, el horror, la amargura, el despecho, la vergüenza o el furor (sin que desaparezcan todavía los otros matices ya distinguidos), según se verá por los ejemplos que copio a continuación. Espronceda, Sancho Saldaña: «el recuerdo de Leonor humedeció sus ojos con una lágrima de amargura» (cap. XVII); «una lágrima de furor y de pena a un mismo tiempo se desprendió por su mejilla» (capítulo XLIII). Larra, La Nochebuena de 1836: «Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor». Espronceda, El reo de muerte: «¡Una lágrima! ¿es acaso / de temor o de amargura? / ¡Ay!, ¡a aumentar su tristura / vino un recuerdo quizá!». Julián Romea, Una noche en la Alhambra. Meditación. I: «Una lágrima acaso de amargura / ardiente sube hasta sus ojos yertos» (Poesías, p. 82). Bécquer, El Cristo de la calavera: «la púrpura de la vergüenza enrojeció su frente y brilló en sus ojos una lágrima de despecho». Campoamor, El poder de la ilusión: «¡Oh, qué amargo es el llanto / que cae gota a gota en la conciencia!». Antonio Arnao, Lotario: «Sus aflicciones / arráncanle una lágrima que brilla / cual chispa del volcán de sus pasiones» (en Álbum poético español, La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1874, p. 139).

En este último ejemplo, con los substantivos chispa y volcán se nos reitera en forma algo diferente la misma interpretación de la lágrima solitaria que hemos desprendido de los primeros textos que analizamos. Esto es, que la manifestación externa (chispa) de la emoción representada está en proporción inversa de la intensidad y profundidad de la misma (volcán). Nos conmueve tanto esa lágrima única porque apunta a la posibilidad de una inminente explosión, pero la virtud expresiva de la solitaria lágrima romántica radica justamente en el hecho de que con ella no se agota (en efecto: ni aun se reduce) el «misterio» de la emoción interior del personaje que contemplamos; y sin embargo, no deja de comunicarse al mismo tiempo una impresión relativamente clara de su naturaleza y gran vehemencia. Por ende, «una lágrima sola», como la derramada por el trovador Macías, es sin duda una de las maneras más poéticas de expresar la emoción, y se adapta tan bien como la del suspiro a la índole esencialmente lírica de todo el romanticismo decimonónico: «... sólo una lágrima rodando por la mejilla o un suspiro escapado del corazón pueden ser intérpretes de vuestro sentimiento» –dice Antonio Arnao hablando con aquellos lectores suyos que se dan a la contemplación del paisaje a la hora del atardecer (Melancolías, Madrid, 1859, p. VIII).

En muchos ejemplos de la figura que nos ocupa, prevalecen actitudes reposadas como la resignación, la nostalgia, la melancolía contemplativa y el recogimiento religioso. Bécquer, Los ojos verdes: «la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosamente por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío: –¡Cúmplase la voluntad del cielo!». Bécquer, La promesa: «El escudero se enjugó una lágrima que corría por sus mejillas. Creyendo loco a su señor...». Bécquer, La venta de los gatos: «El ventero

se enjugó una lágrima con el dorso de la mano y fue a servirles». Antonio García Gutiérrez, *El lirio azul*: «No escondas, hermosa, / velando la frente, / la lágrima ardiente / que nubla tu faz» (Poesías, Joaquín de Entrambasaguas, ed., Real Academia Española, Madrid, 1947, p. 258). José Martínez Monroy, *Lo que dice mi madre*: «Es lágrima derramada / sobre la flor de mi vida» (Poesías, Madrid, 1864, p. 132). Narciso Campillo, en *La melancolía*, apostrofa esta emoción: «ven: ya se cubre de esplendores rojos / el lejano y magnífico Occidente, / ya la meditación dobla mi frente / y se asoma una lágrima a mis ojos» (Nuevas poesías, Cádiz, 1869; citado por José María de Cossío, *Cincuenta años de poesía española, 1850-1900*, Madrid, 1960, t. I, p. 114). Bécquer, *Maese Pedro el organista*: «La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima; en todos los espíritus un profundo recogimiento».

He aquí, en esta última descripción becqueriana de la admiración devota de quienes presencian el milagro del organista que toca después de muerto, otro caso en el que por el mismo léxico se nos revela que el signo externo (la lágrima solitaria) no representa de hecho ni aun la milésima parte de lo que se experimenta interiormente (recogimiento). Mas, por otra parte, en tales situaciones, una lágrima, lo mismo que un cuadro, vale por mil palabras, y resulta especialmente evidente la potencia gráfica o plástica del recurso descriptivo estudiado aquí si recordamos todas esas antiguas esculturas en madera de Jesucristo con cada mejilla surcada por una lágrima sola. La comparación es útil, no sólo cuando la figura de la lágrima solitaria se aplica a un tema religioso, sino en casi todos los casos; pues según su imagen idealizada de sí mismo, no hay casi ningún héroe o poeta romántico que no se considere, entre otras cosas, un nuevo Cristo crucificado.

Sólo nos restan por documentar esas situaciones en que el amor se comunica por la lágrima única. Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab*: «Una gruesa y ardiente lágrima se desprendió de los ojos de Sab, cayendo sobre la mano de Teresa, que aún retenía en las suyas; y otra lágrima cayó también al mismo tiempo y resbaló por la frente del mulato; esta lágrima era de Teresa, que inclinada hacia él, le fijaba una mirada de simpatía y compasión» (parte II, cap. I). Juan Francisco Carbó, *A M. R. S. Y. F.*, en sus días: «Mi anhelante mirada / sorprendiera la lágrima / que, entonces, dulce por mi amor asoma» (Composiciones poéticas de don Pablo Piferrer, don Juan Francisco Carbó y don José Semis Mensa, Barcelona, 1851, p. 142). Bécquer, rima XXX: «Asomaba a sus ojos una lágrima / y a mi labio una frase de perdón». En una rima antes atribuida a Bécquer se lee: «¿No sentiste una lágrima mía / deslizarse en tu boca?».

En los ya citados versos de la *Despedida del patriota griego de la hija del apóstata de Espronceda* («Mis ojos quema / una lágrima ¡oh Dios!, y tú la enjugas»), se ejemplifican tanto el uso amoroso de la lágrima solitaria como su ya comentado uso profético. Es más: el aspecto de la comunicación amorosa (la hija del traidor enjuga tiernamente la triste lágrima de despedida de su amante) es original con Espronceda, según se ve confrontando el poema de éste y su modelo inglés, que fue descubierto y publicado por Vicente Llorens (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. V, 1951, pp. 418-422). La lágrima que el joven vierte al final de *The patriot and the apostate's daughter, or the Greek lover's farewell*, se limita a la función profética, y es fría: «A tear –a tear– oh, Heaven!, it dims, / But freezes ere it quits my eye».

Ahora bien, creo que la insistencia de Espronceda en dotar a la lágrima del patriota griego de otro sentido adicional refleja en cierto modo la excepcional popularidad de que gozó esta figura en la literatura romántica de España. Según Kant, en sus *Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen* (Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime), la nación española es una de aquellas que tienen el alma especialmente afinada para sentir la emoción de lo sublime; y en la literatura romántica española el constante recurso a la lágrima solitaria, testimonio de volcanes y tempestades interiores, parece sintomático de tal forma de sensibilidad.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo